

El Misterio Montenegro

Por MANUEL ROJAS

EN ESTE AÑO DE 1965, este querido año 1965, como dijo hace poco, antes de enfermar, Daniel de la Vega, cumplirá o ya cumplió ochenta de su vida el escritor y periodista chileno Ernesto Montenegro, contemporáneo y amigo, y primer editor de Carlos Pezoa Véliz, hombre el más viajado, y eso sin haber sido nunca diplomático, de los escritores chilenos.

Sin embargo, y a pesar de su edad, nadie o ninguno de sus amigos de Santiago sabe en dónde se encuentra en estos momentos el famoso creador de los "Cuentos de mi tío Ventura", libro cuya tercera edición hizo Zig-Zag en 1963. Suponen, entre ellos González Vera, su biógrafo (ver "Algunos", Nascimento), que se halla en el Canadá francés. Si es así, estará en estos momentos empezando a ver un poco de sol y de verde, ojalá con ánimo para volver a Chile, en donde ya se le echa de menos.

Ernesto Montenegro, que no logró terminar una novela sobre el norte de Chile, escribió para la tercera edición de su "Tío Ventura" un prólogo que no fue publicado (ignoro el porqué, tal vez porque no quiso entregarlo). En ese prólogo explica algo del proceso que le impidió realizarse plenamente como escritor (ha publicado solamente, aparte del mencionado libro, dos de ensayos: "Puritania", sobre aspectos y hombres de Estados Unidos y Canadá, y "Descubierta", sobre escritores chilenos). Quizá si la culpa de todo la tuvo una parálisis que lo atacó en su infancia, parálisis que le invalidó una pierna y "le privó para siempre del placer de ir con el morral a la espalda a trepar por los nevados andinos, o de atravesar a nado los esteros que se descuelgan por las serranías de Aconcagua". Reconozco que si yo, en mi infancia, hubiese sufrido algo igual, mi vida y mi obra habrían sido por completo diferentes, ya que mucho de lo que sé y digo y escribo lo aprendí y lo supe mientras caminaba por el mundo.

Pudo, por supuesto, como muchos escritores, acomodarse en un empleo, meterse en la cueva de una oficina y de una casita y desarrollar allí lo que hubiese podido, pero no se resignó, nunca ha podido resignarse: poco después de 1950 fue nombrado director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, escuela que contribuyó a crear primero y que después organizó. No duró mucho tiempo. Cinco años de vida sedentaria es mucho para el que quiso trepar los nevados andinos y cruzar a nado los fríos esteros cordilleranos. Pidió permiso y se fue, y desde Guayacán, en donde el barco se detuvo para cargar hierro, escribió a Enrique Espinoza, su compadre, el 28 de junio de 1956:

"En estas dos semanas he tenido mucho tiempo para pensar en esta vida aparentemente sin rumbo que he seguido desde los quince años. He vuelto a cortar todas las amarras y salir de nuevo a la aventura, sin más certidumbre que antes. Pero sin lógica ni destino cierto, siento que es el único camino para mí, y que cualquier otro sistema de vida sería para mí la muerte. Uno ha de ser fiel a su naturaleza, y nada más. Si el carácter de cada uno de nosotros indica nuestro destino, no me queda sino seguir el mío sin vacilaciones, y en el fondo con una firme confianza en que nada podría pasarme que fuese peor que el más bien meditado plan de un gran hombre de negocios." (Cito de "Algunos").

Desde joven, Montenegro encontró en el periodismo una manera de vivir. Ha vivido de la pluma, durante muchísimos años, escribiendo en diarios de América latina (en 1959 "La Prensa", de Buenos Aires, celebró sus veinticinco años de colaborador: le regaló una medalla y una suma de dinero, veinticinco mil nacionales, que Montenegro llevaba, según yo en el restaurante a donde me invitó a almorzar, sujetos al chaleco por un afilador de gancho —almorzamos en el Palacio de la Papa Frita y nos tomamos una botella de vino chileno, "Echele, compañero; después de esta vida no hay otra"), oficio que, como a muchos, le impidió llegar a ser lo que hubiese debido llegar a ser.

"El joven que siente la ambición de llegar a ser un escritor y recurre a diarios y revistas con miras a ganarse la vida y aprender su oficio, no tarda en perder definitiva e irremediablemente eso que podríamos llamar la delectación de la publicidad. Estando día a día en contacto con el público, el periodista concluye por encallecerse, y a veces por encanallarse. Ya no es capaz de los arrebatos y desalientos de enamorado que traen las primeras confidencias con el lector. De tanto frecuentar esas recepciones sin invitación previa que llenan las salas de una imprenta de diario, va poniéndose más y más reacto a la confidencia íntima que uno guarda para el libro —ese arranque doloroso y gozoso del artista y el poeta que los lleva a mostrar su alma al desnudo, como en la intimidad entre hombre y mujer, en un cuarto cerrado." (Prólogo inédito).

LUIS DOMINGUEZ

Algunos se hincaron y besaron la tierra. Los guardias fronterizos suizos salieron de sus puestos para mirarlos incrédulos. Los prisioneros los envolvieron, estrechando sus manos en una orgía de cordialidad, como si los suizos hubieran sido instrumentos de su liberación.

Ese es todo el estilo, sin audacias de ninguna índole. También así la estructura: simple, fácil, para que nadie se complique la vida, ni el autor, ni el lector. Así "El Expreso de Von Ryan" responde perfectamente a las expectativas de quienes buscan en la novela un pasatiempo, una distracción ajena a toda búsqueda.

Greene hizo una separación de sus obras que viene resultando clásica: sus "entretimientos" y sus "novelas". Sostiene él que "El Ministerio del Miedo", "Agente Confidencial" y "El Tercer Hombre" son "entretimientos" y "El Fin de la Aventura", "El Re-

vés de la Trama" y "El Poder y la Gloria", "novelas". Salvando las distancias, "El Expreso de Von Ryan" podría caber en el primer grupo. (No hago hincapié en la maestría de Graham Greene, aun en lo meramente estructural, que da otras profundidades a un arte del puro suspenso.)

David Westheimer es autor también de "Los Días de Vino y Rosas", cuya versión cinematográfica fue conocida hace poco tiempo en nuestro país. También "El Expreso de Von Ryan" tiene ya su cara filmica (Frank Sinatra y la Metro). No la conocemos aún. Sólo nos limitamos a suponer que el éxito de público de esta novela (muchas semanas en la lista de best-sellers del "New York Times" y hoy traducida a 8 idiomas) habrá sido bien administrado por sus productores que llevan años en esto. La aventura de los prisioneros de un campo de concentración y sus guardias, como nos la da Westheimer, da para mucho... ■



Montenegro y sus ochenta años.

Ernesto Montenegro nació en San Felipe, semillero de Montenegros; su padre era el menor de una familia de veintitrés hermanos, todos de gran longevidad y de los más heterogéneos oficios. Tuvo poliomielitis a los dos años, aprendió a leer en su hogar y luego de ser un buen estudiante y rendir los primeros años de humanidades, se asoció con su hermano Enrique, que había comprado una imprentita ("bastante mala: la prensa no funcionaba; los tipos eran fantasmas de letras y los demás elementos hallábanse resentidos. Los chibaletes se mantenían en pie más por hábito que por estabilidad." González Vera, "Algunos"). Su primer viaje fue a Valparaíso, en donde trabajó como corrector de pruebas en "El Chileno" y conoció a Augusto d'Halmar, a Víctor Domingo Silva y a Pezoa Véliz; en ese diario, católico y muy popular, publicó un poema anarquista suyo titulado "Barricadas"; vino a Santiago y oyó a d'Halmar leer en el Ateneo su famoso "Vilano"; de vuelta a Valparaíso trabajó otros meses en el diario y luego dio otro brinco, yendo a parar a Antofagasta, ciudad en la que su hermano Enrique se desempeñaba como funcionario de alguna oficina fiscal. De Antofagasta, y acompañado de tres obreros anarquistas, se fue al cantón de Aguas Blancas, durmieron al aire libre, pescó unas fiebres muy fuertes y regresó a Valparaíso, donde lo recibió el terremoto que arruinó las piernas de Pezoa Véliz y casi mató de hambre al poeta de "Barricadas".

De allá partió a trabajar para un diario de Curicó, pero siguió hacia el sur y llegó a Valdivia, ciudad en la que conoció unos vascos que se lo llevaron, a caballo, a conocer los lagos Riñihue, Piriñueico y, atravesando la frontera, el Lacar. Volvió al Puerto, y Víctor Domingo Silva, que había publicado un libro en que, con el seudónimo de Cristóbal Zárate, cantaba y describía la pampa del norte, lo convenció de que partiera hacia allá a venderlo. Allá fue: un alemán le prestó un caballo para que recorriera las salitreras, un inglés le compró la mayor parte de los libros y un roto casi lo desnucó porque no lo dejaba leer, gratis, los versos del autor de "La nueva Marsellesa".

Volvió al Puerto: Pezoa Véliz había muerto. Guillermo Labarca Hubertson, que asistió al poeta de "Alma chilena" en sus últimos momentos, le hizo entrega de "tres cuadernos con poemas, memorias de su vida militar y bocetos de nortinos, todos publicados y corregidos sobre los recortes impresos. Prefirió los versos y sólo una que otra prosa. Escribió un largo prólogo, todavía valedero, y el volumen se imprimió,

en parte, con sus ahorros, y lo intituló "Alma chilena." (González Vera, ob. c.). Fue después redactor de cables de "El Mercurio" de Santiago y secretario de "Pacífico Magazine". Entretanto, y como la imagen de Abraham Lincoln empezó a asediarse, con gran secreto empezó a guardar, en una caja o cajón, algunos de los billetes o monedas que ganaba. Hasta que llegó el momento: supo que en California se celebraría un congreso de profesores. El no lo era, pero podía representarlos. Hizo gestiones, y al final, conseguido con el poeta Zoilo Escobar que un mayordomo de barco lo llevara escondido hasta Panamá, se fue. Por allá, o más allá aún, anda ahora, después de haber ido y venido varias veces, con intervalos largos o con intervalos cortos. ¿Qué lo lleva? ¿Qué lo trae? ¿Es su naturaleza, y nada más?

Los dos recuerdos que tengo de él, aquellos en que más claramente lo veo, se relacionan con sus llegadas o con sus partidas: hace años, tal vez diez o tal vez quince, fui con González Vera y con Enrique Espinoza a esperarlo a Los Cerrillos. Venía de Alemania o de Inglaterra, y cuando el inmenso avión, después de aterrizar, se detuvo en la losa, un poco lejos de la sala de espera, vimos bajar, solitario, un ser "de estatura normal, delgado, de cabellera firme y cana, pálido, de expresión desengañada, de líneas finas, tostado, de mirar firme, nada gesticulante, de tono conciliador" ("un chileno de cualquier parte", agrega González Vera), que avanzó hacia nosotros como si sólo viera de la esquina; otra vez, hace cinco años, después de aquel almuerzo en Buenos Aires, al día siguiente, mejor dicho, fui al barco a despedirme: se iba a Alemania y Suecia; pero no lo encontré, no apareció por ninguna parte y hube de despedirme mentalmente de él.

¿Dónde estará ahora? ¿Mirando qué paisaje habrá cumplido o cumplirá sus ochenta años? No lo sabemos. La verdad, ¿qué importa cumplirlos aquí o allá? Son los mismos ochenta años. "Ya tengo setenta y cinco", me dijo en Buenos Aires, y levantó, alertador, un dedo, como para advertirme que no se trataba de una broma. Me gustaría, nos gustaría, oírle decir, pronto: "Ya cumplí los ochenta y aquí estoy".

En alguna de las muchas oficinas del gobierno hay un proyecto de ley que le otorga una pensión de gracia. No le hará ninguna gracia, le molestará recibirla, pero sería bueno, por lo menos, decirle que se la han otorgado, aunque pudiera suceder que ése fuera un motivo para que se marchara de nuevo y no volviera hasta cumplir los noventa. ■